

# *Naciones y nacionalismo en las independencias hispanoamericanas: una revisión historiográfica*

*Tomás Pérez Vejo*

Escuela Nacional de Antropología  
e Historia de México

*A Carolyn Boyd*

*Resumen:* En este artículo se analizan las recientes aportaciones historiográficas sobre el problema de la nación en las independencias hispanoamericanas. Más allá de realizar una revisión bibliográfica de las publicaciones aparecidas con motivo de las conmemoraciones de los bicentenarios, prácticamente inabarcable, se propone un debate sobre los puntos más novedosos respecto al papel de las naciones y el nacionalismo en el origen y desarrollo de las llamadas Guerras de Independencia en la América española.

*Palabras clave:* guerras de independencia, América Latina, nación, nacionalismo, siglo XIX, historiografía.

*Abstract:* This paper analyses the recent historiographical contributions about the issue of nation in the time of the Spanish American independences. More than a revision of the bibliography published as a by-product of the Bicentennial Commemorations, almost unmanageable given its quantity, this text aims at discussing the most innovative elements regarding the role of nations and nationalism in the birth and development of the wars of Independence in Latin America.

*Keywords:* Wars of Independence, Latin America, nation, nationalism, nineteenth century, historiography.

Las relaciones entre historiografía y nacionalismo y, relacionado con ellas, el papel de las grandes conmemoraciones en las revisiones historiográficas se han convertido en una especie de clásico de la literatura académica<sup>1</sup>. La celebración en 2010 por varios países iberoamericanos del bicentenario de sus independencias no fue una excepción y las aportaciones, tanto en el análisis de las relaciones entre historiografía y nacionalismo como en el de las revisiones sobre lo ocurrido doscientos años atrás, han sido numerosas y relevantes. Algo bastante lógico si consideramos que ya la misma conversión de 1810 en el año de las independencias<sup>2</sup> fue una construcción de las historiografías nacionales y nacionalistas del siglo XIX. Forma parte del complejo proceso de legitimación política que permitió hacer de las naciones las grandes protagonistas de unos hechos en los que habían estado casi por completo ausentes. Culminaría en 1910 con la decisión de varios Estados-nación hispanoamericanos (Argentina, Colombia, Chile, México y Venezuela) de celebrar el centenario de su «independencia de España»<sup>3</sup>.

Una decisión arriesgada, todas las supuestas declaraciones de independencia de 1809-1811 incluyen explícitas afirmaciones de fidelidad a Fernando VII y ninguna tiene como protagonista a las naciones<sup>4</sup>, pero que en el momento de las conmemoraciones del

---

<sup>1</sup> Como ejemplo para el caso español puede verse la obra de la recientemente fallecida Carolyn Boyd a la que está dedicado este artículo. Aprovecho también para precisar que éste no tiene la voluntad de un compendio bibliográfico, sino la de contribuir al debate sobre el problema de la nación y el nacionalismo en las independencias hispanoamericanas. Como consecuencia sólo se citan aquellas obras directamente relacionadas con lo que se está argumentando. Las ausencias de trabajos relevantes, imprescindibles en algunos casos, son, por lo tanto, numerosas y sin que tengan nada que ver con su calidad y/o relevancia historiográfica.

<sup>2</sup> Aunque fueron varios los países que conmemoraron sus centenarios en fechas posteriores ninguna de ellas tuvo, ni de lejos, el eco de las de 1910.

<sup>3</sup> A ellos habría que añadir Ecuador y Paraguay, que lo celebraron el primero un año antes y el segundo uno después. El gobierno de Paraguay decidiría posteriormente posponer la conmemoración a 1813 porque el pronunciamiento de 1811 se había hecho en nombre del rey y no de la nación. Argumento que, de haberse extendido al resto del continente, nos habría dejado sin 1910 como el año de los centenarios: desde Argentina a Venezuela y desde México a Chile, todas las supuestas declaraciones de independencia de inicios de la segunda década del siglo XIX tuvieron como protagonista al rey y no a la nación.

<sup>4</sup> Véase Tomás PÉREZ VEJO: «La definición del espacio político en el naci-

centenario gozó de un casi absoluto consenso historiográfico. A la altura de 1910, para las historiografías del continente apenas cabían dudas de que lo ocurrido un siglo antes habían sido gloriosas guerras de independencia con las naciones americanas rebelándose contra el despótico dominio de la nación española. El resultado de un persistente revisionismo historiográfico que había convertido a las naciones en las grandes protagonistas de los conflictos de un siglo antes. Una especie de verdad absoluta que las conmemoraciones de 1910 difundieron en discursos, textos escritos y monumentos en piedra y bronce<sup>5</sup>. El fundamento de lo que François Xavier Guerra denominó las «interpretaciones clásicas» de las independencias hegemónicas durante buena parte de los siglos XIX y XX<sup>6</sup>.

Los bicentenarios tuvieron lugar, sin embargo, en un contexto de revisión de esta historia de bronce que las propias conmemoraciones no hicieron sino acelerar. Revisionismo que había tenido un primer capítulo con la historiografía marxista, coloreada en muchos casos de teoría de la dependencia, de los años sesenta y setenta del siglo XX y su voluntad de interpretación de las guerras de independencia en clave antiimperialista y de lucha de clases<sup>7</sup>. La secular explotación social, racial y colonial como causa y origen de la rebelión de los grupos subalternos, indígenas, esclavos y castas, contra el dominio colonial de las elites blancas dueñas de la tierra y el capital<sup>8</sup>.

---

miento de la modernidad. El caso hispanoamericano», en Francisco COLOM y Ángel RIVERO (eds.): *El espacio político. Aproximaciones al giro espacial desde la teoría política*, Barcelona, Anthropos, 2015, pp. 171-204.

<sup>5</sup> Véase el número monográfico «Los Centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación», *Historia Mexicana*, LX (2010).

<sup>6</sup> François-Xavier GUERRA: «Lógicas y ritmos de las revoluciones hispánicas», en François-Xavier GUERRA (dir.): *Revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, pp. 13-46. Para un resumen de las distintas interpretaciones de las guerras de independencia, véase Mónica QUIJADA: *Modelos de interpretación sobre las independencias hispanoamericanas*, Zacatecas, Universidad de Zacatecas, 2005.

<sup>7</sup> Hasta esos años la historiografía marxista, siguiendo la huella del propio Marx, había interpretado las guerras de independencia sobre todo como revoluciones burguesas, con el añadido, a medida que fue avanzando el siglo XX, de revoluciones burguesas inconclusas, uno de los tópicos más persistentes de la historiografía latinoamericana de mediados del siglo pasado.

<sup>8</sup> Para un resumen de los planteamientos de esta historiografía, véase Jesús HERNÁNDEZ JAIMES: «Los grupos populares y la insurgencia. Una aproximación a la historiografía social», en Alfredo ÁVILA y Virginia GUEDEA (coords.): *La inde-*

Revisionismo en gran parte fallido, no resultaba fácil identificar a estos colonizadores blancos dueños de la tierra y el capital que en muchos casos no sólo habían tomado partido por la insurgencia, sino que habían sido sus principales líderes y protagonistas; tampoco a unos grupos subalternos que, lejos de haber sido el sostén de la lucha por la independencia, combatieron indistintamente del lado insurgente y del realista sin que el color de la piel y/o la situación socioeconómica parecieran haber determinado su toma de partido a favor de unos o de otros<sup>9</sup>. Tuvo, sin embargo, la virtud de sacar a las guerras de independencia de la jaula de hierro de un enfrentamiento entre naciones en la que la historiografía decimonónica la había encerrado y la de poner en un primer plano la amplia implicación en ellas de grupos socioeconómicos y étnicos cuya presencia no había sido suficientemente tomada en consideración; también el inconveniente de convertir cualquier levantamiento de antiguo régimen en antecedente de las guerras de independencia, desde la insurrección de los comuneros de la Nueva Granada en 1781 a la Tupac Amaru en los virreinos de Perú y Río de la Plata de 1780, conflictos típicos de Antiguo Régimen cuyo origen y características poco o nada tenían que ver con los de treinta años más tarde.

El revisionismo mas radical tendría lugar en las últimas décadas del siglo XX y primera del XXI, cuando una serie de obras y autores<sup>10</sup> comenzaron a cuestionar, desde perspectivas muy diferentes, no detalles concretos sino el gran relato que daba sentido a lo

---

*pendencia de México: temas e interpretaciones recientes*, México, UNAM, 2007, pp. 65-84.

<sup>9</sup> Como ejemplo de participación de los distintos grupos socioeconómicos y/o étnicos en las guerras de la independencia, véanse Jairo GUTIÉRREZ RAMOS: *Los indios de Pasto contra la República*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007, y, sobre todo, Eric VAN YOUNG: *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

<sup>10</sup> Una larga lista de títulos en la que habría que destacar las aportaciones de Jaime E. Rodríguez (Jaime E. RODRÍGUEZ: *La independencia de la América española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996; *id.*: *México, Estados Unidos y los países hispanoamericanos. Una visión comparativa de la independencia*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2008, e *id.*: *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles. La transición de la Nueva España de un reino de la Monarquía Española a la República Federal Mexicana, 1808-1824*, Zamora-Michoacán, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 2009) y François Xavier Guerra (François Xavier GUE-

que las independencias y las guerras de independencia habían sido y significado. Revisionismo poliédrico, de múltiples facetas y perspectivas, entre las que cabría destacar la de una renovada nueva historia política, cuya exacta comprensión, para el caso de la nación y el nacionalismo, exige situarse en el contexto del cambio de paradigma que en el conjunto de las ciencias sociales había tenido lugar a comienzos de la década de los ochenta<sup>11</sup>. Cambio de paradigma en el que el ejemplo hispanoamericano no tuvo ningún papel<sup>12</sup> pero cuyas consecuencias se dejaron sentir sobre él con particular intensidad y de manera bastante temprana<sup>13</sup>. Si las naciones no eran, como defendía la vieja historia política<sup>14</sup>, realidades intem-

---

RRA: *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Mapfre, 1992).

<sup>11</sup> Entre 1982 y 1983 se publicaron las tres obras claves de la revolución epistemológica sobre el hecho nacional, *Comunidades imaginadas* de Anderson (Benedict ANDERSON: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalisms*, Oxford, Blackwell, 1983), *Nacionalismo y Estado* de Breuilly (John BREUILLY: *Nationalism and the State*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982) y *Naciones y nacionalismo* de Gellner (Ernest GELLNER: *Nations and nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983).

<sup>12</sup> Ni Breuilly ni Gellner hacen ninguna referencia a lo ocurrido en Hispanoamérica en el momento de las independencias. Sí Anderson, quien, en la en la segunda edición de *Imagined Communities*, en una especie de *mea culpa* retrospectivo por la escasa atención que los lectores de su libro habían prestado a lo que en él se decía sobre el caso americano, retitula el capítulo IV, «Los pioneros criollos». Capítulo, sin embargo, en gran parte fallido y que poco aporta al debate sobre el tema, entre otros motivos por la bibliografía que maneja, básicamente una muy envejecida biografía de Bolívar (Gerhard MASUR: *Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948) y la influyente pero no particularmente novedosa síntesis de Lynch (John LYNCH: *The Spanish-American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, Norton, 1973).

<sup>13</sup> En la mayoría de los casos no de manera explícita sino dentro de lo que podríamos denominar un cierto «espíritu de época» favorable al cuestionamiento de algunos de los grandes principios de la historiografía nacionalista anterior. Si algo ha caracterizado la historiografía sobre las independencias de las últimas décadas, salvo excepciones, ha sido una cierta aversión a los debates teóricos-metodológicos, menos todavía los que implican a otras disciplinas, en aras de una especie de «documentalismo» convertido poco menos que en santo y seña de la disciplina.

<sup>14</sup> Paradigma que es el fundamento último de todas las grandes historias nacionales del siglo XIX y primeras décadas del XX. La nación como una heroína romántica cuyas aventuras y desventuras son narradas desde los más remotos orígenes hasta el momento presente, subtítulo con ligeras variantes de muchas de ellas. Un excelente ejemplo de este tipo de historias es *México a través de los siglos*, la

porales cuyo origen se perdía la noche tiempos, sino construcciones imaginarias de origen relativamente reciente, la pregunta sobre cuál había sido su papel real en las guerras de independencia se volvía no sólo legítimo, sino en gran parte imposible de evitar.

Un cambio tan radical que en el momento de la conmemoración de los bicentenarios, 2010, el consenso historiográfico sobre el papel de naciones en las guerras de independencia podría resumirse en la negación de algunas de las verdades más incuestionable de la historiografía anterior. En preciso resumen de Mauricio Tenorio, en una reseña de algunos de los libros sobre las independencias aparecidos con motivo de los bicentenarios<sup>15</sup>, para la nueva historiografía, ni las naciones habían sido la causa de las guerras de independencia, sino su consecuencia; ni las guerras podían ser entendidas como guerras de independencia nacional, sino como guerras civiles; ni, por último, las guerras de independencia podían ser estudiadas como guerras nacionales, sino como un fenómeno global del conjunto de la Monarquía. Una especie de enmienda a la totalidad a la historiografía tradicional bajo el común denominador del rechazo al papel de la nación en unos conflictos bélicos de los que se ponía en duda hasta la pertinencia de su denominación de guerras de independencia.

El primero, el de que las naciones no fueron la causa de las guerras de independencia sino su consecuencia, es, a pesar de su aparente radicalidad, el que menos problemas plantea. A la altura de

---

gran obra de la historiografía decimonónica mexicana, cuyo mismo título hace innecesaria cualquier explicación al respecto: la nación como una tribu errante en el tiempo atravesando los siglos fiel a sí misma y a su inmutable ser nacional. Gran relato en el que las independencias, en el caso de las historiografías hispanoamericanas, representan casi siempre la resurrección de la nación muerta con la conquista. Véase José Carlos CHIARAMONTE: *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Buenos Aires, Instituto Dr. Emilio Ravignani-Universidad de Buenos Aires, 1993.

<sup>15</sup> Mauricio TENORIO: «Cuatro lecturas de las independencias», *Letras libres*, septiembre (2010), pp. 82-86. Los libros reseñados son Clara GARCÍA AYLUARDO y Francisco J. SALES HEREDIA (eds.): *Reflexiones en torno a los centenarios. Los tiempos de la independencia*, México, CIDE, 2010; Juan María ALPONTE: *A la vera de las independencias de la América hispánica*, México, Océano, 2009; Marco PALACIOS (coord.): *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Norma, 2009, y Tomás PÉREZ VEJO: *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, Tusquets, 2010.

1810, en el ámbito de la Monarquía católica, por nación se entendía una comunidad natural, carente de sentido político, que difícilmente pudo haber desempeñado ningún papel en el desencadenamiento de un conflicto fundamentalmente de tipo político. Tanto las naciones como el nacionalismo fueron construcciones de las propias guerras y, sobre todo, de los Estados-nación posteriores, lo mismo que en el resto del mundo por otra parte. En el origen de las guerras de independencia no estaría la voluntad emancipadora de supuestas naciones, sino el vacío de poder generado por las abdicaciones de Bayona de 1808<sup>16</sup>. Un conflicto de soberanía, quién tenía derecho a gobernar en ausencia del monarca, y no un conflicto de naciones, la lucha por la emancipación política. El final del proceso fue la conversión de la nación en el sujeto único y excluyente de legitimación del ejercicio del poder, pero ésta fue la consecuencia, no la causa.

No estamos, al menos en origen, frente a un enfrentamiento entre españoles y cualquiera de los distintos grupos nacionales americanos posteriores (argentinos, chilenos, peruanos, etc.), entre otros motivos porque el término español significaba básicamente blanco, de ahí la distinción habitual entre españoles americanos y españoles europeos. En el imaginario social del momento de las independencias, la dicotomía fundamental era étnica, blancos frente a indios, negros y castas; no territorial, españoles frente a argentinos, mexicanos, chilenos, etc., y no fue nada fácil pasar de la primera a la segunda. Uno no se acuesta un día imaginándose blanco frente a indios, negros y castas y se levanta al siguiente sintiéndose parte de una de las naciones americanas, junto a indios, negros y castas y frente a los españoles europeos.

Problema del que ya la primera publicística insurgente fue consciente e intentó solucionar imaginando las guerras de independencia como un enfrentamiento criollos/peninsulares. Una versión que la historiografía decimonónica y de las primeras décadas del siglo xx convertiría en eje de su interpretación, las guerras como un enfrentamiento de «naciones», entre los nacidos en Europa y los nacidos en América. Choca con la realidad de un porcentaje de peninsulares bajísimo, casi despreciable, en el conjunto del continente

---

<sup>16</sup> Véase el número monográfico «1808: una coyuntura germinal», *Historia Mexicana*, LVIII (2008).

y con la alta, en realidad hegemónica, presencia de americanos en los ejércitos realistas.

Versión que, sin embargo, ha conocido un cierto revival en torno al concepto de patriotismo criollo, formulado originariamente por Brading<sup>17</sup> pero retomado por otros muchos. La idea sería que si bien no habían existido naciones, en un sentido político, previas a las guerras de independencia, sí se habría dado entre las élites criollas un acusado sentimiento de patria, coloreado en muchos casos de contenido político como consecuencia de las políticas de la Monarquía, reformas borbónicas, y la manera como éstas afectaron a los intereses de las élites americanas<sup>18</sup>. No sólo los económicos sino también aquellos que tenían que ver con el control de la política local y los agravados conflictos entre criollos y peninsulares por la ocupación de cargos en la burocracia de la Monarquía<sup>19</sup>.

Idea sugerente que tiene el problema de confundir este sentimiento de identidad con algo muy cercano a una especie de proto-nacionalismo<sup>20</sup>. Todo apunta, efectivamente, a que en el siglo XVIII

---

<sup>17</sup> David A. BRADING: *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

<sup>18</sup> El malestar generado por las reformas borbónicas como uno de los desencadenantes de las guerras de independencia ha sido defendido por numerosos autores, en particular los que identifican éstas como una especie de «segunda conquista» (David A. BRADING: *Miners and Merchants in Bourbon México, 1763-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, y John LYNCH: *The Spanish-American Revolutions...*). Hasta el punto de que no son pocos los que consideran que es en ellas donde habría que situar el origen de las revoluciones de la independencia. Un asunto, sin embargo, controvertido, ya que en sentido estricto tanto podría argumentarse que éstas fueron el origen del colapso de la Monarquía como que fueron ellas las permitieron su supervivencia medio siglo más tras la crisis de la Guerra de los Siete Años (Tulio HALPERIN DONGHI: *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza Editorial, 1985).

<sup>19</sup> Mark A. BURKHOLDER y Dewit S. CHANDLER: *From Impotence to Authority: Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*, Columbia, University of Missouri Press, 1977; Guillermo LOHMANN VILLENA: *Los ministros de la Audiencia de Lima en el reinado de los Borbones, 1700-1821*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1974, y Linda ARNOLD: *Bureaucracy and Bureaucrats in Mexico City, 1742-1835*, Tucson, University of Arizona Press, 1988.

<sup>20</sup> También, aunque esto no me interesa aquí, el de resucitar, de manera más elaborada pero sin muchas diferencias de fondo, algunos de los tópicos de la historiografía nacionalista más tradicional, de la explotación colonial como causa última de las guerras de independencia a la dependencia de las revoluciones hispanoame-



hispanico se dio una particular floración del sentimiento de amor al lugar donde se había nacido, la patria, que no debe de confundirse con la nación; patriotismo que cabe suponer pudo ser un buen caldo de cultivo para el desarrollo del nacionalismo posterior. Hacer de todo patriota, criollo o no criollo, una especie de proto-nacionalista dispuesto a convertir a la identidad en fuente de legitimidad política supone, sin embargo, un largo camino, alegremente recorrido por muchos historiadores pero que la mayoría de los patriotas criollos ni siquiera plantearon recorrer.

La negación del carácter de guerras de independencia y su substitución por el de guerras civiles es, sin duda, el que mayores problemas historiográficos plantea. Tiene que ver con un problema que va mucho más allá del caso hispanoamericano, el del papel de la guerra civil en el nacimiento de la modernidad política en la mayoría de los Estados-nación contemporáneos, a uno y otro lado del Atlántico<sup>21</sup>. En el origen de ésta no estaría el enfrentamiento de los partidarios del progreso y la civilización contra los de la barbarie y la reacción, sino una sucesión de guerras civiles entre diferentes alternativas de organización social, económica y política. La visión épica de los partidarios del progreso y la liberación de la humanidad arrojando al basurero de la historia a una minoría aferrada a sus caducos privilegios sería sólo propaganda política convertida por los vencedores, las distintas familias liberal-nacionalistas, en relato histórico.

La asunción de la guerra civil como acto fundacional de un nuevo orden político resulta, sin embargo, problemático para la mayor parte de las historiografías nacionales que tienden a ennoblecer el pasado borrando cualquier alusión al fratricidio, visto siempre como algo negativo. Lograr la victoria sobre la sangre derramada de los hermanos es, en el mundo contemporáneo, innoble y difícil de justificar. La solución: la reescritura de la historia mediante un relato sobre el pasado cuyo objetivo, en general no explícito, es lograr que la guerra pierda su carácter de conflicto

---

ricanas de las revoluciones francesa y estadounidense. Véase Alfredo ÁVILA: «Las revoluciones hispanoamericanas vistas desde el siglo XXI», *Revista de Historia Iberoamericana*, 1 (2008), pp. 9-39.

<sup>21</sup> Gabriele RANZATO (ed.): *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Milán, Bollati Boringhieri, 1994.

civil y pase a imaginarse, y nombrarse, guerra de independencia y/o revolución.

Convertir al enemigo en extranjero y a la guerra civil en guerra de independencia cumple de manera perfecta esta doble función de deslegitimación/legitimación, con el enfrentamiento fratricida substituido por la lucha entre ellos y nosotros. Relato/interpretación que en el caso de las llamadas guerras de independencia hispano-americanas encontraría justificación en la presencia de un ejército realista, extranjero, al servicio de un rey también extranjero. Aunque para ello haya que obviar que ese rey extranjero no fue considerado tal por los combatientes de uno y otro bando<sup>22</sup>; que los ejércitos realistas estuvieron formados en su inmensa mayoría por americanos, no sólo entre los soldados sino también entre los oficiales; o que muchos de los «españoles» realistas se incorporaron a la vida política de las nuevas naciones independientes sin ser considerados extranjeros.

La necesidad de entender las guerras de independencia como un fenómeno global, por último, deriva también del cuestionamiento de las naciones y de las fronteras nacionales como marcos apropiados para el estudio de fenómenos anteriores al triunfo del Estado-nación como forma hegemónica de organización política. El reconocimiento de que el marco teórico-conceptual para entender las guerras de independencia no puede ser el de las historias nacionales sino el de la historia de la Monarquía católica: la historia del nacimiento de nuevos Estados-nación pero también, sin solución de continuidad y con no menor relevancia, la de la disolución de una estructura imperial con más de tres siglos de existencia. Frente a una historiografía que había privilegiado imaginarios marcos nacionales, la nueva historiografía revisionista enfatiza la necesidad de entender las independencias como un fenómeno global, del conjunto de la Monarquía, lo que no significa ignorar la existencia de marcos regionales, sino considerar que éstos raramente coinciden con los nacionales, por defecto o por exceso.

Uno de los autores que más lejos llevó esta interpretación fue François Xavier Guerra y su propuesta de entender las guerras de

---

<sup>22</sup> Marco Antonio LANDAVAZO: *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquico en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822*, México, El Colegio de México, 2001.

independencia como parte de la común revolución que habría permitido a las sociedades hispánicas transitar del Antiguo Régimen al mundo contemporáneo<sup>23</sup>. Revolución hispánica frente a la que los posicionamientos de los protagonistas de las guerras de independencia, por otro lado, no habrían sido tan unívocos y lineales como la historiografía tradicional pretendía: ni los realistas habían sido necesariamente los defensores del absolutismo ni los insurgentes los del liberalismo. Cabía incluso la duda de hasta qué punto la revolución de las independencias era mucho más hija del liberalismo gaditano que de los programas insurgentes<sup>24</sup>. Ideas que la historiografía posterior, en especial la aparecida en torno a la celebración de los bicentenarios, desarrolló con enfoques cada vez más globales, no sólo de las guerras sino de fenómenos como la crisis imperial, la eclosión juntera o el carácter panhispánico del liberalismo y la constitución gaditanos<sup>25</sup>.

El saldo historiográfico de los últimos años respecto al papel de las naciones y el nacionalismo en las independencias hispano-americanas podría resumirse, en consecuencia, en la necesidad de

---

<sup>23</sup> François Xavier GUERRA: *Modernidad e independencia...*

<sup>24</sup> La propuesta de Guerra no resultaba en realidad tan revolucionaria, ya en 1955 la historiadora norteamericana Nettie Lee Benson (Nettie Lee BENSON: *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, México, El Colegio de México, 1955) había llamado la atención sobre que el federalismo mexicano hundía sus raíces más en la diputación provincial de las Cortes gaditanas que, como tradicionalmente se había defendido, en las influencias estadounidenses de los primeros insurgentes. Incluso en el caso del Río de la Plata, donde las influencias gaditanas habrían sido en principio menores que en el resto del continente, ya Julio V. González había afirmado, en una fecha tan temprana como 1938, que «todas las declaraciones fundamentales, menos una con que la Asamblea del año XIII dio aquella significación al movimiento libertador argentino. Fueron extraídas de la Revolución Española» (Julio V. GONZÁLEZ: *Filiación histórica del gobierno representativo argentino*, vol. II, Buenos Aires, La Vanguardia, 1937-1938, p. 427).

<sup>25</sup> José María PORTILLO: *Crisis atlántica. Autonomía e Independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006; Roberto BREÑA (ed.): *Cádiz a debate: actualidad, contexto y legado*, México, El Colegio de México, 2014; íd.: *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*, México, El Colegio de México, 2006; Manuel CHUST (coord.): *La eclosión juntera*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008; Jeremy ADELMAN: *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press, 2006, y José Antonio AGUILAR: *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimentos constitucional atlántico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

un replanteamiento radical de lo que éstas fueron y significaron. Una especie de revisionismo extremo, con las naciones y el nacionalismo prácticamente desaparecidas del horizonte historiográfico, que cuestionaría tanto la definición conceptual, ni guerras de liberación nacional ni revoluciones, sino guerras civiles, como el sujeto histórico, no tanto el nacimiento de nuevos Estados-nación como la desaparición de un Estado-imperio<sup>26</sup>. Sin que esto impida, paradójicamente, que el resultado haya sido el más temprano y exitoso proceso de construcción de naciones de toda la historia del mundo atlántico. Tanto que no estaría de más recordar que en el primer tercio del siglo XIX el escenario del triunfo de los Estado-nación como forma alternativa hegemónica a los Estado-imperio, eje de la dinámica política del mundo contemporáneo, fue América mucho más que Europa.

---

<sup>26</sup> Sobre esta dicotomía, véase Pilar CAGIAO VILA y José María PORTILLO VALDÉS (coords.): *Entre imperios y naciones. Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2012.